

La visión del arzobispo

Las palabras del arzobispo Fernando Chomali ayer, en su primer Tedeum al frente de la arquidiócesis de Santiago, deben ser interpretadas a la luz de la nueva etapa que significó su llegada a la iglesia capitalina. Luego de un período de relativo silencio público que siguió a la crisis de los abusos sexuales, con Chomali vuelve a observarse una Iglesia Católica que, sin desconocer las consecuencias de esa crisis, procura ser parte del debate nacional. Esto, entendiendo que las condiciones del país, marcadas por una acelerada secularización, son muy distintas de las que se vivían años atrás. Así, la homilía pronunciada ayer, además de orientadora para los fieles católicos, debe ser recibida como un aporte a la discusión pública en momentos complejos para el país.

Es valioso, en este sentido, el esfuerzo de Chomali por entregar una visión equilibrada, destacando a actores que contribuyen positivamente a la vida nacional. “Chile no se caerá a pedazos”, enfatizó, mensaje

audaz cuando retornan voces que interesadamente recargan las tintas del pesimismo como estrategia política.

La visión del arzobispo, sin embargo, dista de ser complaciente. Al contrario, la parte central de su homilía, dedicada a “los dolores de nuestro Chile querido”, abordó problemas cruciales que “atentan contra la dignidad de la persona humana”. Así, enfatizó su preocupación por la juventud, tanto por sus sentimientos de soledad como por la falta de horizonte. En ese marco, alertó sobre la fragilidad actual de los vínculos familiares y matrimoniales, y cómo todo esto incide en problemas como el de la natalidad.

Chomali se detuvo también en el “empobrecimiento del valor del trabajo”, y reiteró conceptos de la doctrina social de la Iglesia, en cuanto a que aquel no es una mercancía ni un engranaje más del proceso productivo. Por eso, lamentó el cierre de empresas, y expresó críticas a “un sistema económico que gira en torno a la competencia, al consumo y al lucro”. Sustentadas sus palabras en una justa preocupación por la precariedad laboral, hubiera sido interesante conocer también su visión moral respecto de políticas que han trabado el desarrollo y la capa-

cidad del país para generar oportunidades, así como de un Estado que falla en sus tareas más básicas.

Con claridad, y aun crudeza, el arzobispo se refirió a la crisis de la seguridad pública, su impacto social y el riesgo de Chile de “convertirse en rehén del crimen organizado”. Son afirmaciones que deben resonar en las autoridades y en el mundo político, al que demandó actuar con prontitud tanto en este tema como en el combate a la corrupción, que “se ha ido enseñoreando de lugares que por su naturaleza debiesen ser intachables”. Por eso llamó a un acuerdo nacional para enfrentar ambas materias.

Otro fenómeno central de este tiempo, la migración, fue parte de la homilía. Chomali resaltó el aporte de los migrantes —por ejemplo, en la atención de salud— y señaló su esperanza de que reciban un “reconocimiento a pleno título”, en lo que puede ser una señal cuando se debate sobre posibles regularizaciones. Pertinente fue además su preocupación ante “los vientos de xenofobia que se perciben”. Con todo, faltó tal vez una reflexión sobre el grave problema de los ingresos ilegales al país y cómo la incapacidad de establecer un adecuado control fronterizo ha terminado agudizando los dolores a los que él mismo aludió, como el desborde del crimen organizado, y dando pie a abusos contra los propios migrantes.

El arzobispo no eludió la agenda del Gobierno en temas que chocan directamente con la postura de la Iglesia. Pero —tal vez señal de un nuevo estilo— lo hizo desde el testimonio, sin mencionar palabras como aborto o eutanasia, pero proclamando que “alzaremos la voz por todos aquellos que no tienen voz. Desde los niños no deseados en el vientre de sus madres hasta los ancianos descartados que dan su último respiro”.

En definitiva, con su acertada descripción de problemas acuciantes, y más allá de las diferencias que puedan generar algunos de sus planteamientos, la homilía de monseñor Chomali ha confirmado el aporte enriquecedor que actores históricamente relevantes y que desempeñan un papel social clave pueden realizar a la discusión de los grandes temas nacionales.

Vuelve a observarse a una Iglesia Católica que procura ser parte y contribuir al debate de los grandes temas nacionales.